



EUROPA EN LA ENCRUCIJADA

Rimini, 22 de agosto de 2005

Agradezco la invitación a debatir sobre Europa bajo el lema "La libertad es el bien más grande que el cielo ha dado a los hombres". Dos grandes pasiones de mi actividad política han sido precisamente la libertad y la idea de Europa. Y ese lema de resonancia cervantinas es también un pequeño homenaje al Quijote en el Cuarto Centenario de la publicación de esa novela inmensa. Recordemos que Don Quijote continuaba esa frase diciendo: "por la libertad, amigo Sancho, se puede y aun se debe arriesgar la vida".

Creo que hoy, más que nunca en nuestra historia reciente, la libertad está amenazada. Directamente amenazada por la ofensiva del terrorismo. Un terrorismo que se reviste con ropajes diversos pero que busca sin ningún género de dudas aniquilar las sociedades libres y abiertas en las que vivimos. Pero la libertad también está amenazada indirectamente por el pensamiento débil. Un virus que nos debilita para defender con fortaleza y determinación ese bien tanpreciado que es la libertad.

¿Qué pasa en Europa? ¿Por qué hay una sensación generalizada de crisis y de desánimo? ¿Qué hemos hecho mal y qué hay que hacer para recuperar el ánimo y alcanzar los objetivos que buscamos?

Hemos vivido en los últimos meses en Europa momentos de confusión y acontecimientos que nos han producido desasosiego. Hay muy diversas ideas y opiniones sobre lo que está ocurriendo en Europa y sobre cuál debe ser el camino a seguir. Pero creo que todos estamos de acuerdo en que Europa debe tomar algunas decisiones para decidir cuál va a ser su futuro. Y de lo acertado o

erróneo de esas decisiones dependerá que Europa tenga más o menos éxito.

¿Por qué hemos llegado a la situación actual? Y me refiero sobre todo al rechazo que han mostrado los ciudadanos de dos grandes países europeos, Francia y los Países Bajos al proyecto de Tratado Constitucional o, por simplificar, a la Constitución europea. Ahí está el origen inmediato de este malestar europeo. Pero las causas son más profundas. Y son esas causas las que tendremos que afrontar para salir de la crisis.

Creo que con la decisión de franceses y holandeses lo que se ha puesto de manifiesto es el rechazo a un determinado modelo de hacer política en Europa. Un modo de hacer política que ha generado desconfianza y falta de credibilidad.

Intentar construir Europa sin dar explicaciones a la gente, apelando a un europeísmo vano y oscuro tiene un coste. Esa es, en mi modesta opinión una de las causas del no francés y holandés al proyecto de Tratado Constitucional.

Por otra parte vemos también que determinados dirigentes europeos han dedicado buena parte de su discurso en los últimos años a alimentar una desconfianza visceral frente a los Estados Unidos. Con ello se ha pretendido construir una identidad europea enfrentada a la realidad de los Estados Unidos.

Y yo creo que al poner en cuestión el vínculo atlántico se termina por poner en cuestión los principios y valores que nos unen y que

no son otros que los valores que sustentan lo que conocemos como Occidente.

Un Occidente que basa su identidad en una determinada idea de la dignidad de las personas, de todas las personas, con independencia de su sexo, ideas, raza o religión. Occidente se basa también en un concepto de la libertad y la responsabilidad individuales. En la creencia de que los derechos fundamentales y las libertades individuales deben ser reconocidos, respetados y garantizados por el Estado. En la convicción de que la democracia es único sistema político legítimo. Todo esto es lo que está en la base misma de la relación atlántica. Y sobre estos principios y valores se ha construido históricamente la relación atlántica y sobre ellos se debe avanzar en el futuro. Haciéndolos explícitos es posible que logremos aclarar muchos de los malentendidos que algunos han esparcido con la pretensión de construir una Europa *contrapoder* a los Estados Unidos.

Hemos visto también en los últimos años cómo se alimentaba desde círculos importantes de Europa la desconfianza hacia la economía de mercado, hacia la libertad en el ámbito económico, hacia la globalización como fenómeno que puede ensanchar la capacidad de decidir de las personas y brindar oportunidades a más gente. Eso se ha acompañado agitando el fantasma del miedo a las liberalizaciones, fomentando la idea de que la protección y la cerrazón eran las fórmulas correctas para hacer frente a las realidades de nuestro tiempo.

Todo eso ha recogido lo que era inevitable: la desconfianza y el miedo de los ciudadanos europeos, que sienten que no se les está ofreciendo alternativas adecuadas. Por eso creo que la principal causa de la situación europea actual es la falta de confianza.

Respecto a la decisión que han tomado franceses y holandeses no hay mucho más que se pueda añadir. No vale con un discurso convencionalmente europeísta para salir de la situación que una decisión democrática impecable ha causado. Me parece que lo adecuado es hacer frente a la realidad.

Y creo que sería un fraude a todos los europeos buscar atajos o caminos escondidos para que aprobaran lo que han rechazado de acuerdo con las reglas del juego. Hacerlo sería en mi opinión gravemente irresponsable y alimentaría a medio plazo la desconfianza de los europeos hacia sus dirigentes.

Me gustaría recordar un aspecto del caso francés: en Francia ha existido un amplio debate público sobre la Constitución europea. Es algo digno de elogio y que demuestra la madurez democrática de esa sociedad. Pero los resultados del debate no han sido esclarecedores. Sorprende, por ejemplo, que los partidarios del “no” y del “sí” hayan empleado argumentos muy parecidos. Unos y otros han argumentado que su postura lo que buscaba era conjurar “el peligro anglosajón”. Los partidarios de ambos bandos han propugnado una Europa sin reformas, con menos libertad de mercado, con más dirigismo estatal. Y Francia es, sin duda, el país europeo en el que más peso tiene el sector público. Toda una paradoja.

Por otra parte, no da confianza el cambio continuo de criterio de algunos líderes, demasiado apegados al regate a corto plazo y a la maniobra inmediata para salir de algún apuro.

En los años noventa se hizo un Pacto de Estabilidad para los momentos de crisis. Cuando la crisis llegó la ocurrencia fue suprimir el Pacto.

En el 2000 se acordó una Agenda de reformas para hacer frente a la falta de crecimiento económico de Europa. Esa Agenda de reformas ha sido inmediatamente postergada para no tener que enfrentarse al inmovilismo atávico de una parte de las sociedades francesa y alemana.

Precisamente esos dos grandes países, Francia y Alemania, patrocinaron el Tratado de Niza, destinado a posibilitar la conducción de una Europa reunificada. Y justo cuando Europa acaba de reunificarse, y camina sin problemas institucionales, se pretende suprimir Niza y hacer un nuevo reparto de poder tan injustificado como equivocado.

La desconfianza ha sido el resultado. El riesgo es que todo lo que de bueno hay en la Unión Europea sufra las consecuencias de un liderazgo insuficiente, errático y equivocado. Especialmente cuando ese liderazgo ha pretendido convertirse en voz única de todos los europeos

La situación ahora no es fácil, pero no es imposible. La idea de continuar con el proceso de ratificación de la Constitución en los demás países me parece algo excéntrica. No creo que el voto de los demás baste para olvidar el “no” francés y holandés, dicho sea con el máximo respeto hacia la decisión que han tomado los ciudadanos de Luxemburgo. Tampoco es más seria la idea de retocar el texto y volver a presentarlo al pueblo francés en referéndum. Además de ser una falta de respeto a la democracia hay que tener en cuenta que el “no” francés no tiene una sola causa, sino muchas, por lo que no puede ser evitado mediante trucos.

Mucho más desacertada me parece la idea de extraer algunos capítulos de la Constitución y forzar su aprobación por los Gobiernos europeos. Especialmente grave sería si se quisiera así modificar el reparto de poder en el Consejo Europeo. Algunos líderes nacionales ya han advertido que en esos términos no aceptarían, y tienen muy buenas razones para ello.

Quizá la mejor solución sea hacer algo nuevo. Y lo verdaderamente nuevo sería cumplir lo acordado. Eso es justo lo que todavía no se ha probado a hacer. Cumplir el Tratado de Niza, cumplir el Pacto de Estabilidad, cumplir la Agenda de Lisboa y fortalecer la Alianza con los Estados Unidos. La frivolidad no es un rasgo de identidad europeo, ni tampoco el derrotismo o la desconfianza. Lo genuinamente europeo es encarar de una vez los problemas y poner manos a la obra, con entusiasmo, y con amigos que nos sigan ayudando a defendernos.

En este sentido creo que Europa debe tener un papel más activo en política internacional. Y eso supone, en primer lugar, tener un papel más relevante en la defensa de la libertad de todos. Una libertad que está amenazada desde el 11 de septiembre. Los atentados de Madrid, Londres, Estambul, Bali o Casablanca, o los que se producen casi a diario en Iraq, no son más que una muestra de lo que son capaces de hacer los terroristas para acabar con la libertad e imponer su régimen de tiranía y opresión.

Para derrotarlos no hay nada mejor que reforzar la alianza que ha asegurado la libertad de Europa en los últimos sesenta años y a la que Europa debe su propia existencia como sociedad libre y abierta.

La libertad no es gratis. Europa debe asumir la parte que le corresponde para hacer frente a las amenazas a la seguridad de todos. Europa no puede defenderse por si misma. Y es una ingenuidad peligrosa pensar que la ofensiva del islamismo radical, del yihadismo internacional, tiene como enemigo sólo a los Estados Unidos o a los gobiernos que no temen declarar su amistad y alianza con ellos. No. El enemigo del islamismo, lo que pretenden destruir, es la sociedad abierta y democrática. Nos odian por lo que somos, no por lo que hacemos. Por eso uno de los objetivos prioritarios es atacar a los países de mayoría musulmana que pretenden dar pasos hacia la apertura y la liberalización. Un Iraq democrático es, para esos fanáticos, la peor de sus pesadillas.

Ante este desafío, la respuesta correcta es afirmar nuestros valores y nuestra identidad. Y mostrar una voluntad de hierro en defensa de

la libertad y la sociedad abierta. Pero eso no se puede hacer desde la derrota intelectual o la debilidad del pensamiento relativista.

Soy de los que creen que Occidente haría muy bien en reafirmar su identidad, basada en los valores que antes he mencionado. Porque debemos afirmar sin avergonzarnos por ello que la igualdad entre hombres y mujeres no debe ser un privilegio para unos pocos países. Que la democracia y el respeto a los derechos fundamentales no son una costumbre de una determinada región, sino un derecho al que aspira legítimamente todo el mundo. La libertad no es buena sólo para nosotros, sino para todos. Y no debemos tener complejos al afirmar que su extensión y difusión es algo deseable y por lo que merece arriesgar la vida. Porque en el mundo de hoy la extensión de la libertad y la democracia es también un requisito para preservar nuestra libertad y nuestra democracia.

Sin duda alguna necesitamos un liderazgo europeo fuerte para salir de la crisis. Creo que es una suerte que en estos momentos la Presidencia de la Unión recaiga en el Reino Unido, donde el liderazgo de Tony Blair puede transmitir al resto de Europa el impulso necesario para avanzar en las reformas económicas y fomentar lo que llamo la Europa atlántica. Y me parece que la perspectiva de cambio en Alemania, bajo el liderazgo de Angela Merkel, a la que deseo suerte y éxito, ofrece una posibilidad real de cambio de tendencia a medio plazo.

En mi opinión, el principal punto de la agenda política europea debería ser la reforma económica. En gran medida, el origen del

malestar europeo está en la falta de crecimiento económico y en la percepción de que la economía europea ni crea suficiente empleo y riqueza ni ofrece perspectivas sugestivas para el futuro. De ahí surge el miedo a la ampliación, a la deslocalización de empresas, a la apertura al exterior y a la globalización.

Además de las reformas económicas, sin las que es imposible hacer nada, hay algunas cuestiones que deben empezar a encauzarse en Europa cuanto antes y para las que también se necesita un liderazgo fuerte y claro. Mencionaré tres:

En primer lugar, los límites de Europa. Es indudable que la perspectiva del acceso de Turquía ha quedado condicionada con el resultado de los referendos francés y holandés. De ahí que para evitar males mayores y más frustración, tanto en Europa como en Turquía, sea necesario abordar esta cuestión. El debate debe plantearse de acuerdo con los valores europeos. Es decir, que no vale alegar el carácter islámico de la sociedad para cerrar las puertas a Turquía. Pero sí se pueden exigir principios políticos (como el respeto escrupuloso a los derechos humanos -incluida la libertad religiosa-, la sumisión del ejército al poder civil o el respeto a las minorías), estudiar la viabilidad económica o política del proyecto europeo con tantos países miembros y un país del tamaño de Turquía dentro. En cualquier caso hay que evitar crear falsas esperanzas y calcular la repercusión de la decisión que se tome en Turquía y en el mundo islámico. En este sentido parece ineludible conjugar esfuerzos con la iniciativa americana del *Broader Middle East*. El futuro de la OTAN y la relación atlántica son cuestiones que se verán afectadas por la solución que se dé a esta cuestión. Por

otra parte, parece indispensable diseñar una arquitectura europea de relación con los nuevos vecinos estable y sensata.

En segundo lugar, la inmigración. Es un fenómeno al que Europa no ha sabido dar, ni juntos ni por separado cada país, una respuesta adecuada. El modelo no funciona, con independencia de cuándo se iniciara el fenómeno de la inmigración. Se ve en Francia, en Alemania o en Holanda, en donde hay verdaderas zonas exentas al estado de derecho y donde la integración no se ha producido. En España, el gobierno actual ha tratado el fenómeno del modo más frívolo y populista posible. El fenómeno de la inmigración tiene que resolverse a escala europea, sin duda, sobre la base de los valores occidentales, rechazando de plano el multiculturalismo. No puede haber zonas exentas en nuestros estados de derecho ni se puede crear ciudadanos de distintas clases, con derechos distintos, en función de su origen cultural o étnico. En este sentido se puede aprender mucho de la experiencia americana.

La emigración también es un reto de política exterior. La presión migratoria sólo cederá cuando haya en los países de origen de los emigrantes una economía de mercado que funcione y dé oportunidades y una democracia con Estado de Derecho que respete los derechos individuales. En este sentido cabe pensar en una línea de acción conjunta con los EE.UU. dentro de una política común de expansión de la democracia.

En tercer lugar, la relación atlántica. La única Europa posible es la Europa Atlántica. Después de las turbulencias de los últimos años, es imprescindible establecer con realismo y lealtad una agenda

política compartida. Europa ni puede ni debe jugar a ser un contrapoder a los EE.UU. Intentarlo sería malgastar fuerzas y distraer la atención de la amenaza que plantea el terrorismo, en especial el islámico. Sobre la base de valores e intereses comunes es posible elaborar una Agenda de la Libertad, política y económica, que centre la relación atlántica en las próximas décadas.

Estoy convencido de que con un liderazgo fuerte y con la orientación adecuada Europa puede salir de la crisis. En un mundo difícil como el que nos ha tocado vivir, es esencial que Europa recupere su mejor tradición de apertura, innovación y defensa de la libertad sobre la base de una identidad de la que nos podemos sentir orgullosos.